

XIV SEMINARIO FERNANDO BUESA

XIV. FERNANDO BUESA MINTEGIA



Victimas

¿Todas iguales o todas diferentes?
Caracterización y respuestas ante
un fenómeno complejo

Biktimak

*Denak berdinak ala denak desberdinak?
Karakterizazioa eta fenomeno
konplexuaren aurreko erantzunak*



Valentín de Foronda



UPV EHU

Índice

• introducción	7
• Eduardo Mateo Santamaría y Antonio Rivera Blanco	
• presentación	
• Sara Buesa Rodríguez	21
• José María Ortiz de Orruño Legarda	25
• ponencias	
Conferencia inaugural	
• Manuel Cruz Rodríguez	31
Mesa 1. “Las víctimas en la historia”	
• Ana Iriarte Goñi	45
• Luis Castells Arteché	65
Mesa 2. “Tan iguales como diferentes”	
• José María Ruiz Soroa	89
• Enrique Echeburúa Odriozola	99
• Gema Varona Martínez	115
• Imanol Zubero Beaskoetxea	125
Mesa 3. “De invisibles a presentes”	
• Florencio Domínguez Iribarren	137
• Henry Patterson	147
• José Antonio Pérez Pérez	157
Mesa 4. “De cuándo se reparó en nosotras”	
• Ignacio Latierro Corta	171
• Manuel Giménez Larraz	181
• Juan Benito Valenciano	189
• clausura	
• Antonio Rivera Blanco	197
• Jesús Loza Aguirre	201



LUIS CASTELLS ARTECHE

Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Salamanca (1976), obtuvo el Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid (1984). Desde 1993 es Catedrático de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco (Leioa, Bizkaia). Es cofundador y miembro del Consejo del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda.

Su investigación se enmarca en varias líneas de actuación: procesos de modernización en el País Vasco, formación y desarrollo de la clase obrera en el País Vasco, la II República en Euskadi, las burguesías vascas, vida cotidiana en España, e identidades y autonomía. En este sentido, ha participado en numerosos proyectos de investigación financiados por la UPV-EHU y el Gobierno Vasco, siendo los más recientes "Proceso de nacionalización en el País Vasco", "Memoria y víctimas en el País Vasco contemporáneo", y "La dimensión social del proceso histórico en el País Vasco contemporáneo". Es Investigador Principal del Grupo acreditado del Sistema Universitario Vasco IT-708-13.



Una reflexión sobre las víctimas en la historia contemporánea

Buenos días a todos. Muchas gracias por su asistencia, muchas gracias asimismo a la Fundación Fernando Buesa por haber contado conmigo ante un tema enormemente sugerente y de gran actualidad.

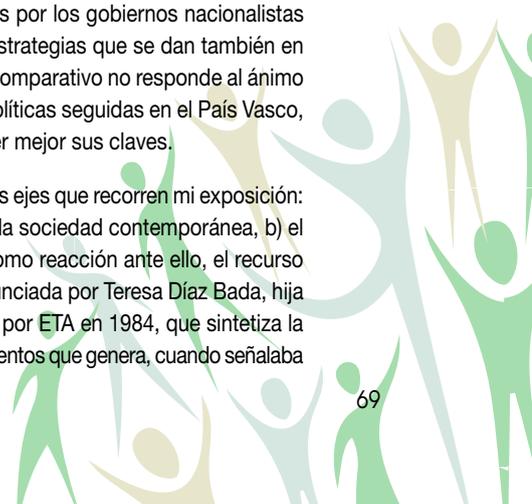
Aprovecho la mención que ha hecho el amigo Duplá sobre el grupo de investigación en el que estoy integrado para congratularme por formar parte de él. Hay una relación muy cordial y a la par académicamente muy crítica entre nosotros, lo que redundaba en beneficio de todos. No es cuestión de destacar a ninguno de sus componentes, pero creo que en relación con la materia que es objeto de reflexión en este encuentro, y aprovechando su presencia, sí me gustaría hacer una brevísima mención a uno de sus componentes: Txema Portillo. Como conocéis buena parte de los que estáis aquí, Txema tuvo que marcharse de la Universidad hace muchos años como consecuencia de la amenaza terrorista, amenaza que se hizo efectiva cuando ETA le puso una bomba en su coche. Podemos, pues, considerarlo como una víctima del terrorismo, bien que, en su caso, y afortunadamente, puede contarnos su experiencia. Felizmente para esta Universidad, ha vuelto a impartir la docencia en estas aulas, y lo que debiera ser un hecho con una enorme carga simbólica, que un perseguido se reintegre a su actividad, está pasando absolutamente desapercibido, sin que haya ningún reconocimiento ni mención particular por parte de las autoridades académicas. El caso de Txema es una metáfora de cómo los poderes públicos, políticos, académicos... están gestionando el postterrorismo: cuanto más “blando” y vaporoso sea el recuerdo de la etapa anterior, cuando más acomodaticio y cuanto más diluida sea la presencia de los que fueron resistentes frente a ETA, mejor. Este hecho es criticable en todos los casos, pero más aún en una institución como la Universidad, que debiera ser un referente ético y que por tanto debiera estar obligada a reconocer a todos aquellos que dentro de su ámbito se significaron en su oposición a ETA, en la lucha por la libertad. Nada de esto, sin embargo, pasa. Tratándose de un espacio académico que tiene como finalidad la producción del conocimiento, esta omisión es grave, pero es la imagen de una pauta social impulsada desde los poderes públicos en Euskadi, tal como es la voluntad de orillar a las víctimas del terrorismo de ETA o, cuando menos, a las que no responden a ciertos moldes y modelos establecidos desde los poderes políticos.

Sirva este pódico para introducir una de las prácticas extendidas en sociedades posttraumáticas o posviolentas como es la frecuente apelación a recordar, a tener en cuenta el pasado, cuando en realidad lo que se pretende es evocar un pasado

vacío, sin historia, un uso que con distintas formulaciones ha sido expuesto ya por algunos de los presentes en esta sala, como Antonio Rivera o Ruiz Soroa. Es la idea de usar la memoria para tapar la historia. Con ello lo que pretendo reflejar es cómo en este tipo de sociedades, entre las que está la vasca, se reitera la necesidad de recordar el pasado reciente como un instrumento necesario para recomponer la sociedad sobre unas bases justas, en la que las víctimas sean reparadas. Ahora bien, esta reclamación de rememorar el pasado no es sinónimo de que se invite a su estudio, de que se pretenda un análisis riguroso de lo acontecido y, por tanto, de su historización. El ejercicio histórico implica elaborar un relato en el que se aborde sin tapujos todos los hechos, incluidos los más dramáticos, se explique ese pasado, se comprenda y se traten las causas de lo que sucedió y los comportamientos habidos. Esta exigencia es aún más perentoria en las sociedades posviolentas ante la necesidad de depurar las responsabilidades que a cada uno le corresponden. Sin embargo, en estos casos ese análisis resulta incómodo pues suele reflejar una imagen de la sociedad -o de una parte de ella- como participante o espectadora de esa violencia ilegítima. Por eso, desde los poderes públicos se opta por un recuerdo adaptado, en el que se liman las partes socialmente más ingratas y se busca fomentar una narrativa reconfortante y reparadora de la cohesión social.

Esta reflexión inicial creo que es pertinente para encajar el objeto central de mi exposición: las víctimas y el tratamiento que reciben. Indicar también que las observaciones que voy a realizar no están centradas en el País Vasco, sino que tienen como marco de referencia experiencias diversas producidas en ámbitos muy distintos, aunque es Europa el contexto que principalmente atiendo. Con ello pretendo resaltar que lo que estamos viviendo en Euskadi con el tema de las víctimas y las políticas públicas adoptadas por los gobiernos nacionalistas encaja en unas pautas generales, con unas estrategias que se dan también en otros países. El hecho de buscar este marco comparativo no responde al ánimo de juzgar con mayor o menor severidad las políticas seguidas en el País Vasco, sino de contextualizarlas y así, quizá, entender mejor sus claves.

Entrando en materia, quiero señalar que los tres ejes que recorren mi exposición: a) la idea de la centralidad de las víctimas en la sociedad contemporánea, b) el malestar social que esta figura genera, y c) como reacción ante ello, el recurso al olvido. A este respecto, hay una frase pronunciada por Teresa Díaz Bada, hija del superintendente Díaz Arcocha, asesinado por ETA en 1984, que sintetiza la complejidad de la figura de la víctima, los sentimientos que genera, cuando señalaba





“que las víctimas somos incómodas porque no solo recordamos a los políticos su falta de compromisos y cumplimientos, sino porque también exigimos que se haga justicia” (*El País*, 19 de septiembre de 1997).

Las víctimas y la memoria en Europa tras la segunda Guerra Mundial

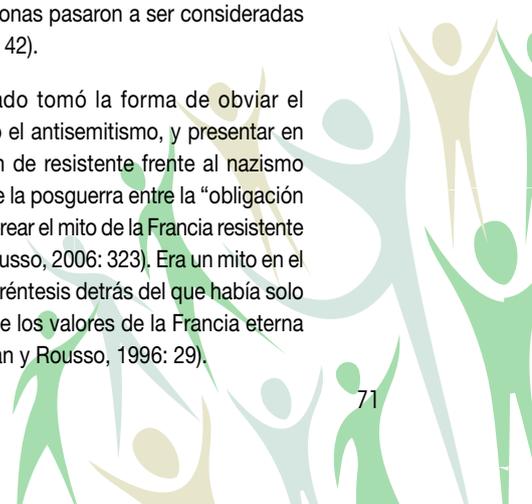
A la hora de encarar esta cuestión conviene hacer alguna precisión y delimitación previa para situar el terreno en el que nos movemos y no perdernos en consideraciones generales. En primer lugar, señalar que con la idea de víctima podemos referirnos a sujetos bien distintos, pues hay muchas clases de víctimas ocasionadas por motivaciones muy diversas. Pues bien, aquí nos referimos a víctimas políticas, a personas que los son en razón de que han sido agredidas y se les ha infligido un daño severo por alguna consideración ideológica o política, y que, por tanto, concitan un valor ético-político.

En segundo lugar, como señalaba ya en su intervención el profesor Cruz, va a haber un proceso de categorización, de creación del concepto de víctima, que surge muy recientemente, pues no fue hasta los años 60-70 del siglo XX cuando esta idea se visibiliza. Con ello no quiero decir que no haya habido víctimas con anterioridad; obviamente han existido, pero no se las daba un tratamiento específico, no se les consideraba como un colectivo al que se le debía prestar una especial atención. Se estimaba que iba con la propia evolución histórica el que hubiera personas que recibían un daño injusto, sin que por ello merecieran recibir una atención expresa. Como señala Reyes Mate, las víctimas no eran visibles, eran el precio de la historia. En palabras de Hegel, “todo avance supone aplastar muchas flores inocentes” (Reyes Mate, 2008; 2016: 9). Así pues, con anterioridad al siglo XX, la idea de víctima como un colectivo que merecía consideración y reparación no existía, y si acaso se hablaba de ellas desde una matriz religiosa, asociándolas, por ejemplo, en la cultura cristiana, con la figura del mártir que ofrece su vida por Dios. Esta situación varió como consecuencia de dos hechos que produjeron una profunda reflexión moral sobre las pautas de la sociedad occidental: el horror de la Segunda Guerra Mundial, con una cifra de mortalidad devastadora; y, sobre todo, el genocidio por excelencia, el holocausto, con la cifra de seis millones de judíos asesinados. Con estos desastres tomaba forma la evocación de Walter Benjamin de la historia como catástrofe, como “cúmulo de ruinas que crece hasta el cielo”. Esa capacidad de destrucción del ser humano y, a la vez, de hacer el mal en una escala desconocida, provocó que se fueran abriendo paso nuevas consideraciones y conceptualizaciones que tenían como eje poner el foco de atención en las personas que habían sufrido esas situaciones de injusticia.

Una muestra de ello fue la formalización de un nuevo concepto jurídico-político, el del genocidio, debido al jurista polaco Lemkin y recogido por la ONU en sendas definiciones de los años 1946 y 1948, con las que quedaba tipificado un nuevo delito internacional. No obstante, el genocidio ponía su atención en el *grupo*, bien fuera nacional, religioso o racial, pero no en las personas, en las víctimas. Ese proceso de visibilización de las víctimas se hizo esperar porque tras la Segunda Guerra lo que se extendió por Europa fue el “síndrome de Vichy”, tan bien y profusamente estudiado entre otros por Rousso para el caso de Francia o por Tony Judt, que describió cómo se extendió un velo por todo el continente con el fin de recrear un pasado reconfortante. Ese “síndrome de Vichy” se caracterizaba básicamente por tres estrategias puestas en acción al mismo tiempo: reconstruir una versión de la historia reciente que fuera indulgente con la sociedad, promover el olvido para no hacer frente a hechos dolorosos y, por último, promover relatos en los que se pusiera el énfasis en la armonía social, en la reconstitución de la comunidad nacional (Judt, 2000).

Este síndrome tenía también en común el hecho de omitir la centralidad de las víctimas o, en todo caso, de señalar ese tranquilizador “víctimas fuimos todos” de un sistema (fascismo, nazismo) que se presentaba como ajeno al grupo nacional. Fue el relato que se difundió en Alemania tras la guerra, en el que el pueblo alemán aparecía como víctima del régimen nazi, como sujeto sufriente de este y de su grupo dirigente. La versión dominante en los años cincuenta tenía un tono nacionalista: se alababa a los soldados alemanes por su sacrificio y se achacaban los horrores a un grupo de nazis fanáticos. Hubo un giro en la misma comprensión de la idea de víctima, y así, si entre 1939-1945 se entendía por tal al soldado sacrificado por la Gran Alemania, tras la finalización de la guerra hubo un cambio hermenéutico y esas mismas personas pasaron a ser consideradas como víctimas del fascismo (Koselleck, 2011: 42).

En el caso de Francia ese pasado inventado tomó la forma de obviar el colaboracionismo, a los franceses de Vichy o el antisemitismo, y presentar en cambio a una Francia unida en su condición de resistente frente al nazismo (Rousso, 1987). Se superó la tensión propia de la posguerra entre la “obligación del recuerdo” y la “aspiración del olvido”, para crear el mito de la Francia resistente y obviar aquello que contradijera ese relato (Rousso, 2006: 323). Era un mito en el que el colaboracionismo era visto como un paréntesis detrás del que había solo un reducido número de traidores, en tanto que los valores de la Francia eterna estaban encarnados por los resistentes (Conan y Rousso, 1996: 29).





Fue el canon que interesadamente propaló De Gaulle en el famoso discurso de agosto de 1944, diciendo aquello de que

“París ha sido liberada, liberada por ella misma, liberada por su pueblo, con la colaboración de los ejércitos de Francia, con el apoyo y la colaboración de toda Francia”.

En el caso de Italia se produjo también esa misma interpretación: desaparecían los italianos fascistas, que dejaban su sitio al mito de la Italia antifascista, de los partisanos como representación de la nación, mientras que en otra versión se aceptaba el fascismo como una parte de la historia del país, pero considerado como una anomalía en el proceso de construcción nacional surgido con el *Risorgimento*. Se construyó un mito historiográfico sólido en torno a la idea de la resistencia, que perduró en el tiempo y que sirvió como eje fundacional desde el que crear una identidad nacional reconstruida (Berger, 2005). En los países de Europa del Este también se produjo esa manipulación de la historia, haciendo hincapié en este caso en una suerte de guerra patriótica que cada país libró contra el nazismo, obviando también las expresiones antisemitas o colaboracionistas que con distintas intensidades se dieron allí. Eran, en suma, reconstrucciones en las que no existían unas víctimas individuales en el seno de la sociedad pues toda ella había sufrido.

Estas interesadas interpretaciones encontraron un medio social favorable: al fin y al cabo, evitaban que los ciudadanos se interrogaran sobre su comportamiento mientras se habían producido crímenes y persecuciones a inocentes. Así se obviaba el indudable apoyo que había tenido el nazismo entre los alemanes, o el fascismo en Italia, o el calado social del gobierno de Vichy en Francia. Latía el rechazo a sentirse culpable, en las distintas formas que esta culpabilidad puede adoptar, tal como explicó después de la guerra Karl Jaspers refiriéndose a las actitudes de la sociedad alemana. En sus lecciones dictadas en los años 1946-47 exponía que los ciudadanos alemanes no podían escapar de su responsabilidad por el nazismo y sus crímenes estableciendo distintos grados de participación y de culpa: desde la criminal, pasando por la política si se había contribuido al tipo de gobierno habido, llegando a la moral puesto que ante los crímenes no vale el principio de obediencia debida (Jaspers, 1998: 53). Pero era una idea incipiente, mal aceptada socialmente, optándose preferentemente por la amnesia colectiva. Se daba así la paradoja de que los supervivientes de los campos de concentración generasen una situación de embarazo, pues eran la muestra de que se podía haber hecho frente al nazismo, o que los exiliados que

habían luchado contra Hitler fueran recibidos con malestar, o el caso de Willy Brandt, acusado de falta de patriotismo (Del Toro, 2009: 93). En Francia ocurrió otro tanto, de manera que los judíos que habían sobrevivido a los campos de exterminio eran diluidos en una categoría general de deportados, obviando que su condición étnica había sido el motivo de la persecución (Judt, 2000: 313). Mejor, por tanto, seguir sin hablar de víctimas, continuar sin tenerlas en consideración porque eso inmediatamente llevaba al dilema que esta figura genera: yo he sido víctima, ¿y ustedes qué han hecho? ¿Cuál ha sido su reacción mientras he sido perseguido, en el tiempo que he estado en un campo de concentración, cuando han asesinado a mis familiares?

Ahora bien, este olvido como efecto placebo, ese cierre en falso de la historia, no tiene viabilidad; menos aún si de lo que trata es de borrar hechos traumáticos y situaciones de violencia extrema. En tales casos, el pasado planea constantemente, está acechante como un fantasma reclamando su atención, persigue y llega a obsesionar a las generaciones siguientes mientras no sea acometido, y lo sea con el rigor exigible. Es esa idea tantas veces repetida para las sociedades posviolentas del *haunting past* (pasado asombroso) como un espectro que las recorre y que se proyecta inevitablemente sobre el hoy, es un pasado que no pasa al decir de Conan y Rousso (1996). Cuando en palabras de Primo Levi hay “recuerdos de experiencia límite, de ultrajes sufridos o infligidos”, el cierre en falso de estos hechos, su olvido, resulta imposible y acaba por reaparecer (2002: 25).

Esto fue lo que sucedió en varios de los países comentados a la altura de los años 60-80 del pasado siglo, momento en el cual surgió una fuerte corriente que observó los sucesos acaecidos en torno a la Segunda Guerra desde una perspectiva muy diferente. Las atrocidades vividas durante ese período, y muy en especial el recuerdo del horror del holocausto, salieron a flote y produjeron un cambio de paradigma historiográfico. Así, en Alemania, donde antes a la población se la consideraba víctima del nazismo, pasó a ser valorada como victimaria tras indagar sobre el comportamiento de los alemanes corrientes, su complicidad con el nazismo y el hecho de que la pretendida condición de espectadores (*bystanders*) no les eximía de su responsabilidad. Era lo que señalaba en un ejemplar ejercicio de autocrítica el presidente de la República Federal Alemana, Richard von Weizsäcker, en 1985, refiriéndose a los crímenes del nazismo:

“La ejecución de este crimen fue obra de unos pocos solamente. (...) Sin embargo, cada alemán pudo ser testigo de los sufrimientos impuestos a



los ciudadanos judíos. (...). ¿Cómo no sospechar nada ante los incendios de sinagogas, el saqueo, la imposición de la estrella judía? (...) Mucha gente, que pertenecía también a mi generación, jóvenes y no preocupados en la organización o en la ejecución de estos hechos, trataron de negarse a ver lo que estaba sucediendo”.

Con sus variantes, esa revisión del pasado también se produjo en países como Italia o Francia. En el primero de los casos se cuestionó el mito de la Italia resistente, señalándose especialmente a través de los trabajos historiográficos de De Felice que solo una minoría de italianos se enfrentaron activamente al fascismo y que lo que hubo durante los años 1943 a 1945 fue una guerra civil. En lo que se refiere a Francia, se abrió paso otra versión historiográfica en la que se señalaba cómo la resistencia había estado sobrevalorada, a la par que se subrayaba el apoyo que había tenido Petain en la población y la existencia de un colaboracionismo francés (Berger, 2005). En ese giro del paradigma intervinieron obviamente historiadores. En el caso de Francia tuvo que ser un historiador foráneo, el norteamericano Robert Paxton, el que rompiera el consenso halagador desde una nueva perspectiva, incidiendo en los comportamientos de la Francia ocupada. En Italia ya hemos señalado el papel de De Felice con su biografía de Mussolini, en tanto que en Alemania el debate fue muy vivo, expresándose a través de la “querrela de los historiadores” en 1986, que se reavivó con la “controversia Goldhagen” diez años después. Fue un tema que alcanzó una notable repercusión social en cada país, pero para ello fue determinante el extraordinario eco que alcanzaron los juicios contra antiguos nazis (Eichman en 1961; Touvier y Papon años más tarde en Francia) y la emisión de series de televisión o películas en torno a esta cuestión. A pesar de la marginación institucional y mediática al que fue sometido el documental *Le Chagrin et la Pitié* (1969), de M. Ophuls, un mosaico en el que se reflejaba el colaboracionismo y el antisemitismo de la Francia ocupada, este tuvo un enorme impacto en ese país. Lo mismo ocurrió en Alemania tras la emisión de series que fueron muy populares, como *Holocausto* (1978-1979) y, con un cariz distinto, *Heimat* (1984). Se fracturaba así una historia analizada en términos de nación como un ente orgánico y homogéneo, para emerger las fracturas internas que hubo, las divergencias dentro de la propia comunidad entre unas partes y otras en razón de aspectos étnicos o políticos, con la consecuencia de que a través de esta revisión aparecieran en el centro del relato personas y colectivos que habían sido injustamente perseguidas.

Todo este proceso fue acompañado por un nuevo modelo historiográfico, más centrado en las personas y en nueva visión que ponía el énfasis en determinados grupos e individuos que habían sido perseguidos por razones políticas y que merecían por ello un particular reconocimiento. Eran las víctimas. Como se ha dicho, el holocausto y el antisemitismo padecido por los judíos en distintos países tuvieron una especial incidencia a la hora de poner el foco en ellas, y que de este modo aparecieran como una nueva categoría a la que se le debía atención y justicia. Así, a partir de los años 80, las víctimas pasaron a ocupar una posición central en la sociedad y en las políticas del recuerdo que se promovían, alentándose a la par una reflexión crítica sobre las raíces ideológicas y étnicas que habían animado esa persecución. Los poderes públicos se convirtieron en agentes activos en su reconocimiento, extendiéndose lo que podemos denominar las “políticas de compasión”, con las que se expresaban la cercanía y el apoyo a las víctimas. Se invirtió, pues, el paradigma y de su invisibilidad hemos pasado a una “cultura del victimismo” (Novick, 2007: 21) que invade los espacios de reflexión sobre el pasado y motiva la centralidad de la “emoción compasiva”, de la solidaridad con el considerado como sufriente, articulándose, así, como eje moral de los discursos políticos (Eliacheff y Larivière, 2009: 16).

Ahora bien, el panorama descrito ha tenido algunas variantes. No ha sido en su eje, pues la centralidad de las víctimas continúa, pero sí en los matices y acentos puestos en juego. Esos nuevos registros están relacionados con la nueva sociedad que vivimos, la posttotalitaria, tras el derrumbe factual y simbólico del muro de Berlín y del sistema político de los países del socialismo real. Es un contexto que ha propiciado una revisión en el tratamiento de las víctimas, que siguen ocupando un lugar primordial en las políticas y en la consideración pública, pero donde varía la razón por la que lo son. Si antes su reconocimiento se debía ante todo a su naturaleza política, a la persecución padecida por motivaciones ideológicas o étnicas, ahora se abre paso una interpretación que pone el acento en su condición de sufriente. Es el predominio de la “política de la piedad”, tomándole el término a Hannah Arendt, de manera que el interés se pone en el padecimiento del otro, en la idea de la solidaridad hacia él, obviándose las causas que habían provocado ese dolor.

Es un giro que corre parejo a los revisionismos historiográficos y al resurgir de una nueva historia nacional entendida en términos inclusivos. Es una revisión crítica del pasado que elude la responsabilidad de amplios sectores de la comunidad nacional en políticas ilegítimas, liberándole así de este estigma. Además, la entrada





de nuevas generaciones no implicadas en ese pasado liberticida propicia que se reclamen respuestas historiográficas en clave de una memoria no contaminada de culpa (Moses, 2007). En esta corriente revisionista se prima la versión humanista sobre la política, se prefiere atender al sufrimiento antes que a sus causas y se valoran las zonas grises, elogiándose a los nos comprometidos antes que a los militantes o resistentes. Es lo que señala Traverso de la preferencia social por el empresario alemán afiliado al partido nazi que salva a sus empleados, Schlinder, frente al militante comunista que lucha contra el nazismo, Manouchian (2009: 14).

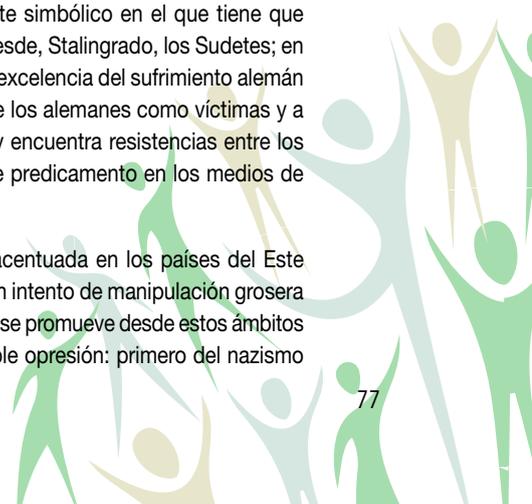
Esta revisión historiográfica de las etapas traumáticas se concreta de distintas formas, aunque con un mensaje común: las divisiones nacionales internas se diluyen en favor de un relato comunitarista. En el caso de Italia, la revisión de su etapa fascista asumida especialmente por las fuerzas de la derecha alienta la creación una memoria pública nacional, una memoria de compromiso entre partes en la que todos los italianos se sientan concernidos. Ello supone minimizar las responsabilidades del régimen fascista, señalar los puntos oscuros y errores de los partisanos, y que la guerra civil que se vivió en Italia entre los años 1943-1945 sea vista como una guerra civil fratricida, perdida por todos los italianos. Una revisión que resaltaba la violencia política como clave interpretativa que afectó a todos los italianos. En este camino se equipara a los fascistas de Saló y a los partisanos, que bajo este prisma se presentan practicando dos violencias paralelas, a la vez que se señala que la mayoría de los italianos se mantuvieron al margen del conflicto, tomados así como el referente sobre el que se crea un relato unitario, de todos los italianos (Tabet, 2015; Focardi, 2009; Rodrigo, 2016:144).

En Alemania la revisión va por el camino de volver a la idea de los alemanes como víctimas, como pueblo que sufrió todo él durante la segunda guerra mundial. Es la aplicación del paradigma del sufrimiento como eje desde el que observar la historia, soslayando la etiología de las cosas. Es la idea de un “sufrimiento competitivo”, que encuentra su eco en nuevas generaciones que quieren *normalizar* su visión del pasado (Judt, 2012: 55-56.) Se asume, sí, el holocausto, pero a la par se subrayan las grandes penalidades padecidas por la población alemana: los bombardeos devastadores (Hamburgo, Dresde..) el avance brutal de las tropas soviéticas que generaron una enorme mortalidad, con un tratamiento vejatorio especialmente para con las mujeres (violaciones), o, por último, la limpieza étnica de la población alemana con su expulsión de diversos territorios europeos con el fin de la guerra (catorce millones de desplazados), que provocaron asimismo una elevada mortandad (unos dos millones de muertos).

Se asume por un lado la herencia reprobable del nazismo, la pasada condición de perpetradora de Alemania, pero a la par se combina este legado con la idea de que los alemanes también sufrieron, también fueron víctimas (Stargardt, 2016: 32). Reunirían, pues, esa doble condición de victimarios y víctimas. Esta visión tiene diferentes manifestaciones, por ejemplo, en el museístico y conmemorativo, con el museo berlinés la *Neue Wache* (inaugurado en 1993), dedicada a todas las víctimas de la guerra y la tiranía, de manera que se recuerda a todas ellas, sin distinciones, homogeneizadas todas en su condición de sufrientes. O en la literatura, con la novela de G. Grass *A paso de cangrejo*, centrada en la muerte de miles de alemanes que iban en un buque, que ha sido interpretada como una alegoría del padecimiento del pueblo alemán. O, por último, en el terreno del debate público, con la controversia que se origina cuando se aborda el tema de los desplazados y expulsados alemanes al final de la guerra y el proyecto sobre la creación de un memorial que les recuerde. Esta última cuestión del *vertreibung* (expulsión) de los alemanes de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Austria está siendo objeto de interpretaciones radicales, considerándolo como una suerte de limpieza étnica que padecieron los alemanes por los aliados. Pero no se queda aquí esta interpretación revisionista, sino que se equipara la *vertreibung* con el Holocausto, considerados ambos fenómenos como una forma de *desviación* que se dio en Europa durante el siglo XX, resultado de parecidas ideas y prácticas. La conclusión que se obtiene es que los aliados cometieron crímenes similares al régimen nazi, que es presentado así como un *error* que afectaba a toda Europa (Hahn y Hahn, 2008).

Pero al margen de estos puntos de vista más extremos, la percepción más extendida es ese cambio de enfoque en el que de nuevo los alemanes emergen como víctimas. Desde esta visión, el referente simbólico en el que tiene que mirarse Alemania ya no es Auschwitz, sino Dresde, Stalingrado, los Sudetes; en suma, los lugares que han sido expresión por excelencia del sufrimiento alemán (Robin, 2009: 243). Este relato equiparador de los alemanes como víctimas y a la vez como perpetradores es controvertido y encuentra resistencias entre los historiadores, si bien dispone de un creciente predicamento en los medios de comunicación (Berger, 2006: 221-222).

La revisión historiográfica está siendo más acentuada en los países del Este poscomunista, llegando en algunos casos a un intento de manipulación grosera por parte de los poderes públicos. El relato que se promueve desde estos ámbitos es el de que los nacionales sufrieron una doble opresión: primero del nazismo





y luego del comunismo, poniéndose por razones políticas actuales más énfasis en la dureza del segundo de los sistemas fascistas. Se reelabora una historia en clave nacional basada en que los nativos de cada país fueron víctimas de esas dos formas de totalitarismo, de manera que tanto el nazismo como el comunismo son presentados como algo ajeno al *ethos* nacional, ideologías externas que no responden a la idiosincrasia de las comunidades en cuestión. El modelo impulsado desde las administraciones públicas es, pues, de unas políticas de memoria centradas en la idea de la victimización nacional, equiparándose de hecho el nazismo y el comunismo como dos formas similares de barbarie, y buscando la exculpación de persecuciones a judíos que se dieron en cada territorio por parte de la población nativa. En muchos casos, el objetivo es arramblar con la memoria del comunismo invirtiéndola, de manera que se mira con simpatía a nacionalistas, fascistas o colaboracionistas nazis represaliados por los comunistas (Judt, 2007).

Las historiografías nacionales correspondientes no participan de esta visión tan simple y maniquea, aunque también se señala que la investigación reciente ha contribuido a fomentar ese relato victimista. En cualquier caso, en los países de Europa central y oriental se ha consolidado el paradigma de una historia en términos de un comunitarismo particularista, con un metarrelato impregnado de emotividad nacionalista, lineal en sus interpretaciones, que opera sobre binomios y que usa las políticas de la memoria para simplificar la historia y adecuarla a los intereses políticos de la Administración (Kopecek, 2008).

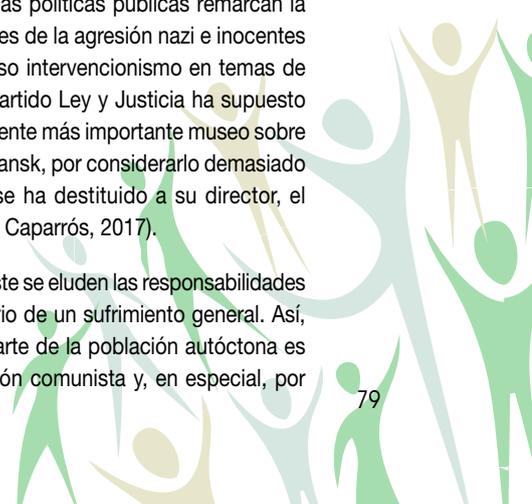
En Hungría, bajo el gobierno Urban, hay una explícita voluntad de controlar el relato de la historia reciente, manteniendo un estricto control de los libros de texto. En la narrativa que se alienta no hay polacos nazis, a pesar de que formó parte del Eje, ni deportaciones de judíos, que las hubo, ni comunistas húngaros. En cuanto a los centros de memoria, el Centro Conmemorativo del Holocausto malvive con escasa atención, en tanto que la Casa del Terror, el museo sobre el nazismo y el comunismo, centra la atención (Judt, 2006: 1.179). Significativamente, en este gran museo el nazismo y el comunismo son presentados como una *ocupación*, dos formas de totalitarismo que los húngaros debieron soportar como consecuencia de la invasión de dos ejércitos extranjeros, enfoque que predomina sobre la participación de los nativos en estas ideologías (Creet, 2013). Además, en este museo hay un palpable desequilibrio en sus contenidos, inclinándose especialmente por mostrar los horrores cometidos por los comunistas, que ocupan muchos más espacios que los destinados a los crímenes de los fascistas o a la persecución de los judíos. En el caso de Rumania hay una recuperación en clave nacional y anticomunista de Ion Antonescu, que estuvo al frente del gobierno

dictatorial durante los años 1940-1945, aliado de Hitler y bajo cuyo mandato se produjeron persecuciones contra los judíos, calculándose por encima de los 250.000 los asesinados (VV. AA, 2004). Asimismo, en el gran museo de las Víctimas del Comunismo y la Resistencia, ubicado en la localidad rumana de Sighet, figuran entre los homenajeados fascistas de la Guardia de Hierro y otros antisemitas, exonerados por su condición de anticomunistas.

En Polonia las controversias son muy intensas, habiendo un punto común en esos debates: el grado de intervencionismo que en temas históricos tiene o debe tener el Estado. En el caso de este país se da la doble condición de que su población sufriera con especial crueldad el nazismo, pero a la par fuera protagonista de persecuciones a la población judía, consecuencia de un sentimiento antisemita muy extendido. Pues bien, en este caso, desde el gobierno se resalta solo uno de esos espejos (la condición de víctima de los nazis) y se oculta el otro (la de victimarios con los judíos). Ello ha llevado al gobierno ultraconservador actual a iniciar una campaña contra uno de los historiadores de origen polaco más prestigiosos, Jan Gross, que publicó un excelente libro, *Vecinos*, en el que se relata el brutal exterminio que sufrieron los judíos de una pequeña localidad de este país a cargo de sus vecinos polacos. Ya con anterioridad, Walesa se había manifestado muy crítico con el libro, tildando desdeñosamente a su autor como “un judío que intentaba hacer dinero”.

Esa persecución a los judíos perpetrada por polacos trata de ser borrada por el gobierno, que a la altura de marzo de 2017 estaba tramitando una ley que impondrá penas de hasta tres años a quien mantenga que la sociedad polaca fue cómplice de la Shoah (*El País*, 26 de marzo de 2017). De este modo, frente a las evidencias de persecuciones a judíos, las políticas públicas remarcan la condición única de los polacos como sufrientes de la agresión nazi e inocentes de cualquier imputación. Asimismo, el expreso intervencionismo en temas de relato histórico del derechista gobierno del partido Ley y Justicia ha supuesto que se cuestionen las directrices del posiblemente más importante museo sobre la Guerra Mundial, el recién inaugurado en Gdansk, por considerarlo demasiado europeísta y poco patriótico, a la par que se ha destituido a su director, el historiador Pawel Machcewicz (Snyder, 2016; Caparrós, 2017).

En general, en los países poscomunistas del Este se eluden las responsabilidades de la población en la *Shoah* a favor del criterio de un sufrimiento general. Así, en Ucrania la persecución a los judíos por parte de la población autóctona es eclipsada por el énfasis puesto en la represión comunista y, en especial, por





la gran hambruna padecida en los años 1932-1933 (*Holodomor*) que ocasionó millones de muertos y que es presentada como un ejemplo de genocidio en tanto que fue debida a las políticas deliberadas de las autoridades soviéticas (Fainberg, 2013: 99). Es un enfoque compartido en los países del Este, en los que como decíamos se equipara nazismo y comunismo a la par que se relativiza la entidad del holocausto y la profundidad del sentimiento antisemita entre su población. Un relato que desde las autoridades de estos países y desde su historiografía trata de que sea asumido en el resto de Europa, convirtiéndolo en uno de los ejes de la identidad europea, en uno de sus mitos fundacionales. Estos países han intentado que esa visión quede reflejada en el museo que a instancias del Parlamento Europeo se ha levantado en Bruselas, la Casa de la Historia Europea, que ha tenido un desarrollo controvertido y ha puesto en evidencia las discrepancias interpretativas sobre nuestro pasado (Vinyés, 2015).

Pero al margen de estas controversias entre historiografías, lo relevante para este texto es el último giro al que con sus distintas pautas y características se asiste en Europa, que va en la línea de indicar que “todas las formas de victimización colectiva son fundamentalmente comparables, incluso intercambiables y que, por tanto, deben ser objeto de una misma memoria” (Judt, 2006: 1.181). Es lo que Snyder refiere en su entrevista con Judt acerca del paso -y el *contraste*- de la *historización* a la *victimización* como preocupaciones centrales de la política y la historiografía en Occidente, en el sentido de que si en los años ochenta y noventa del siglo pasado los debates en el caso de Alemania Occidental se centraban en cómo explicar el nazismo dentro de la trayectoria nacional, diez años después las reflexiones giraban en torno al sufrimiento que padecieron los alemanes (Judt, 2012: 55). Son giros y referencias que conviene tener en cuenta porque nos ayudan a situar en un plano no solo local el tipo de relato que se pretende establecer en Euskadi y la recepción social que espera encontrar.

Algunas consideraciones sobre el papel de las víctimas en la realidad vasca

A este respecto quisiera concluir con algún comentario sobre la aparición en Euskadi de las víctimas del terrorismo, entendidas bajo esa idea de un grupo de personas que lo son a causa de la violencia política y que deben ser social y políticamente reparadas. Pues bien, su aparición pública ha sido muy tardía, más que lo señalado para el caso de Europa, y su visibilidad ha sido debida en primer lugar a los esfuerzos de las propias víctimas, que con su presencia y denuncia de su ostracismo han propiciado que sean tomadas en consideración en las políticas de la memoria impulsadas tanto en Euskadi como en el resto de

España. Ya con la democracia, la situación inicial de las víctimas fue muy dura, teniendo que desenvolverse en medio de la incompreensión social y sin atención pública alguna. Lo cuenta Vidal-Abarca, una de las fundadoras de la primera asociación que se constituyó, la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), creada en 1981, que señalaba:

“Nuestro comienzo fue tremendo. Nadie nos hacía caso. Pensaban que éramos unas extremistas furiosas, y tuvimos que demostrar que éramos unas personas llenas de sentido común que lo único que queríamos era ayudar”.

Era una descripción que no se ceñía al País Vasco, en donde el terror de ETA era visible, sino que era un clima general en toda España. Prueba de ello es lo que relata acerca de la negativa del párroco de una iglesia madrileña a oficiar una misa por las víctimas del terrorismo, alegando que la Iglesia no debía inmiscuirse en política (*El País*, 16 de noviembre de 2011). Las víctimas seguían siendo un colectivo arrinconado, observado con indiferencia por los poderes públicos y la sociedad, que podían condolerse de su desgracia, pero ello no les otorgaba ninguna consideración restaurativa. En este sentido, resulta llamativo que un instrumento de lucha contra ETA tan importante como fue el Pacto de Ajuria Enea (1988) solo les cite en una ocasión y, además, sin que merezcan una reflexión expresa. Tuvieron que seguir siendo las víctimas las que con su activismo reivindicaron su papel e hicieron ostensible la marginalidad y el ostracismo a las que les habían relegado los poderes públicos y la sociedad. Así, fue la hija de un asesinado de ETA, Cristina Cuesta, la que creó, en 1986, Denon Artean, una asociación con la voluntad de atender a las víctimas del terrorismo y de ponerlas en el foco de la atención pública, iniciativa a la que se sumó también Gesto por la Paz. Aunque a fines de los ochenta empiezan las primeras medidas públicas de ayuda a las víctimas, hubo que esperar hasta 1999 para que el Parlamento español aprobara la Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo, en la que por fin se hacía hincapié en la trascendencia moral y en la dignidad personal de las víctimas, y se destacaba la importancia de su asociacionismo. Fue una ley que llegó tarde y fue consecuencia del cambio que en la sociedad se produjo a lo largo de los noventa con varios acontecimientos que generaron una fuerte conmoción, como fueron el asesinato de Gregorio Ordoñez (1995), el secuestro de Ortega Lara o luego el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco (1997). Después llegaron nuevas leyes de reconocimiento y ayuda a las víctimas del terrorismo, pero ya cuando la atmosfera frente a ETA había cambiado y había



una sensibilidad social hacia este colectivo. En este caso el legislador actuó con notable retraso e impelido por las propias asociaciones de víctimas, que con su paulatina visibilidad empujaban a la creación de unas políticas públicas de la memoria que les tuvieran en consideración. En este sentido fue importante la creación, en 1998, de COVITE, la asociación de víctimas del terrorismo en el País Vasco, con un planteamiento expreso de reconocimiento a las víctimas y reivindicativo del papel central que debían jugar en el proceso de pacificación. COVITE ha contribuido a dar el paso de víctimas dolientes, pero pasivas, a víctimas movilizadas y activas, contribuyendo de modo importante a que este colectivo, y con él el pasado, no se diluya.

Llegados a este punto y hecho un somero repaso de la emergencia de la idea de las víctimas políticas y de los debates que en torno a ellas se están produciendo en Europa, puede ser conveniente hacer algunas consideraciones finales sobre su papel. Hay una primera reflexión que ha quedado expuesta al principio de la intervención en la doble dirección de que la víctima es una figura construida e incómoda. Decimos construida en el sentido de que necesitan ser conceptualizadas como tales en un primer paso y aceptadas socialmente después si se pretende resarcirlas del padecimiento injustamente sufrido. A este respecto suele señalarse que la categoría de víctima viene determinada por el contexto social y político, que es el que permite o no la visibilidad de esta figura. Lo de incómodas viene dado porque las víctimas ponen tanto a los poderes públicos como a la sociedad frente a sus responsabilidades respectivas, son un espejo que les interroga sobre sus complicidades o pasividad ante situaciones injustas. En el caso del País Vasco puede decirse que el tránsito de su opacidad a la visibilidad ha tenido que ver con el hecho de que se les ha dejado de tratar como una consecuencia del “conflicto” político que enfrentaría, según esta interpretación, a los vascos frente al opresor Estado español, para pasar a considerarlas como un colectivo al que se le ha inferido un daño injusto e ilegítimo. Es un cambio de perspectiva que, como una derivada, ha creado la figura del perpetrador, si bien sectores de la población vasca en lugar de darles este tratamiento lo siguen considerando como un héroe. Por ello las víctimas son figuras polémicas, difíciles de integrar en el *establishment* político, porque sus demandas de recuerdo y reparación, su legítimo *rencor* en algunos casos (Amery, 2001), no encajan en una sociedad que prefiere el olvido. Son, al fin y al cabo, un indicio de una “involución cívica”, a la par que su propia presencia pública lleva a inquirir por los causantes de ese daño, los perpetradores, y por la ideología que les sostiene. Además, en el caso del País Vasco, la centralidad de las víctimas hace más difícil mantener el relato

del conflicto España-Euskadi como clave explicativa de nuestro pasado, tan del gusto de los nacionalismos (Alonso, 2106: 166-119).

Ahora bien, la figura de la víctima, al haber recuperado una extraordinaria dimensión social en la sociedad occidental, corre el riesgo de diluir su sentido, su significado, al menos en la que aquí tratamos, de víctima política. Ya hemos comentado esa “cultura del victimismo” en la que estamos instalados, que ha motivado que, si antes esta condición era rehuida, ahora se reivindique en tanto que legítima al que así es considerado. Hay una rentabilidad social y política para el que logra ser considerado víctima, bien personal bien colectivamente, y es una dinámica que conduce a una pugna por ver quién logra esa condición. Es el caso, por ejemplo, de judíos y palestinos, que se reivindican como víctimas de sus mutuas agresiones. En palabras del historiador Charles S. Maier, esto ha provocado, por ejemplo, que la política contemporánea de Estados Unidos se caracterice por la “competencia de consagrar agravios. Todos los grupos reclaman una parte del honor y los fondos públicos insistiendo en minusvalías e injusticias” (Nocick, 2007: 21). Este uso o apelación indiscriminada para alcanzar el estatus de víctima conduce a su banalización y, en definitiva, a la pérdida de su comprensión. Por eso, entre otras cosas, la finalidad de este encuentro de la Fundación Fernando Buesa, que busca delimitar qué queremos decir cuando hablamos de víctimas, a quiénes nos referimos y la necesidad de distinguir a unas de otras.

Llama también la atención que algunos de los aspectos comentados como dominantes en las políticas de la memoria en Europa se reproducen en Euskadi y son canalizados por los responsables de este apartado en el Gobierno Vasco. Nos referimos señaladamente a la idea de que todas las formas de victimización colectiva son comparables unas con otras, un enfoque que viene propiciado por el hecho de que el acento está puesto en el daño sufrido, en tanto que se omite la causa que lo produce, su etiología o a sus causantes. Es un tipo de reflexión que lleva a la privatización de la víctima, a su descontextualización, a su consideración en razón de factores personales y psicológicos, en este caso el sufrimiento, y que obvia las razones por las que lo son. Es la idea de dejar la historia fuera en tanto que esta, por su propia función, está en la obligación de indagar y profundizar en las motivaciones que produjeron esas situaciones de violencia. De aquí que desde la Administración nacionalista se promueva un relato sin Historia, sin que entendamos el sustento ideológico o lo que impelía a cometer sus actos a los perpetradores, y en cambio se sustente un discurso anodino y exento de responsabilidades basado en el “todos hemos sido víctimas”.



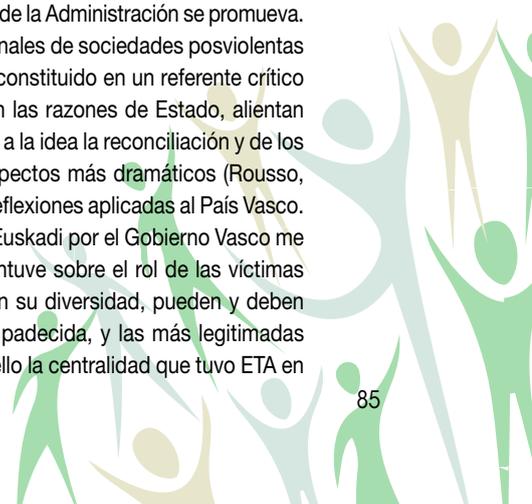
Aunque sea una referencia muy conocida, conviene recordar la atinada reflexión de Hannah Arendt cuando en la Alemania de la posguerra se decía “todos somos culpables, lo que en realidad solo servía para exculpar en gran medida a los que realmente eran culpables. Donde todos son culpables nadie lo es” (2015: 151). En el caso del País Vasco, el discurso alentado desde la Secretaría de Paz y Convivencia incide en ese genérico todos somos víctimas, lo que se acompaña de otro mantra sostenido, el de todas las víctimas son iguales, en una mezcla confusa en la que se juntan sin distinción víctimas de muy distinto origen y consideración, con el añadido efecto perverso de que se produzca una competencia entre ellas. Tal hecho se refleja de modo palmario en una de las actividades más importantes y de mayor calado social de la Secretaría, la Plaza de la Memoria, exposición itinerante que recorre Euskadi, que recuerda a las víctimas de situaciones muy diferentes (guerra civil y franquismo, violencia policial, terrorismo de ETA y GAL...), sin que haya voluntad de enmarcar y explicar la violencia de cada caso, ni su entidad. Lo que vale es el criterio de que todas las víctimas son iguales. Frente a esta idea uniformizadora que iguala todas las violencias, con el resultado final de que “todo es nada y todos nadie” (Arregi, *El Diario Vasco*, 25 de noviembre de 2015), conviene recordar las palabras de un judío superviviente del levantamiento del gueto de Varsovia, Marek Edelman, con ocasión de su rechazo a edificar un museo que recordara a los alemanes expulsados después de la II Guerra Mundial:

“¿Qué clase de memoria es esta! ¿Acaso sufrieron tanto porque se quedaron sin casa? Evidentemente, es triste que te obliguen a abandonar tu casa y abandonar tu tierra. Pero los judíos perdieron sus casas y a todos sus familiares. Las expulsiones producen sufrimientos, pero hay tanto sufrimiento en este mundo. Los enfermos sufren y nadie levanta monumentos para rendirles homenajes” (Judt, 2006: 1.181).

El propósito de la Secretaría de Paz y Convivencia del Gobierno Vasco es propiciar un relato sincrético y funcional, cuyo objetivo debe ser el encuentro de la sociedad, remarcando fundamentalmente los consensos y obviando las diferencias. De este modo, desde esta institución se alude a la memoria para evitar la historia, se apela al recuerdo para en realidad practicar el olvido y no tener que historizar un pasado que por su propia naturaleza es conflictivo, más en este caso que se está hablando de hechos traumáticos. Se pretende un cierre neutral del pasado, una operación que suele ser común cuando se trata de sociedades posviolentas que buscan su reconstitución. Es el caso incluso de las *comisiones*

de la verdad creadas internacionalmente: algunos autores señalan que, tras la retórica oficial y un guiño a un recuerdo inmediato, en realidad despliegan una retórica amnésica con el fin de lograr la reconciliación social, dentro de un concepto de ruptura tajante entre el pasado y el presente. En este modelo ideal, el pasado sería la violencia y el presente el reencuentro. La dificultad de esta operación es, como señalábamos antes, que cuando nos estamos refiriendo a pasados traumáticos, los hechos que lo forman son vividos como irrevocables, como una experiencia persistente, duradera, que no se puede zanjar. Así, en las sociedades posviolentas el recuerdo de las muertes y ultrajes suelen mantenerse vivos, pues por su dramatismo no pueden obviarse, de manera que se cuelean en el presente y forman parte constitutiva de él, quebrando así la línea divisoria entre el pasado y el presente (Bevernage: 2016).

Para que el olvido no gane la batalla al recuerdo historizado es fundamental el papel dinámico de las víctimas que contrarreste la tendencia social a pasar página y a obviar los hechos dramáticos del pasado. Si las víctimas se organizan y son activas pueden llegar a sensibilizar a la sociedad y a desempeñar un relevante papel como emprendedoras de la memoria. Por esta misma razón, las autoridades públicas suelen estar tentadas a neutralizarlas a través de su cosificación. Es lo que se ha escrito para el caso de Colombia, pero también podemos aplicarlo para Euskadi, en el sentido de que se tiende a la construcción de una víctima “razonable”, que pasa por su despolitización, su rechazo al rencor y su capacidad de adaptación a las políticas de la memoria que se impulsan desde la administración (Lecombe, 2015). Se construye la “buena víctima” que reproduce esa idea de la reconciliación como su objetivo sustantivo, a la vez que desde esos medios institucionales se margina a aquellas víctimas y asociaciones más díscolas con el discurso memorial que desde la Administración se promueva. El análisis de distintas experiencias internacionales de sociedades posviolentas pone en evidencia cómo las víctimas se han constituido en un referente crítico ante las políticas oficiales que, escuchadas en las razones de Estado, alientan un relato acomodaticio y blando, subordinado a la idea la reconciliación y de los consensos nacionales y depurado de sus aspectos más dramáticos (Rouso, 2006: 326). Podemos reproducir todas estas reflexiones aplicadas al País Vasco. Las políticas de la memoria desarrolladas en Euskadi por el Gobierno Vasco me han llevado a corregir algunas ideas que mantuve sobre el rol de las víctimas y me han hecho ver que son ellas las que, en su diversidad, pueden y deben mantener un testimonio fértil de la violencia padecida, y las más legitimadas para mantener vivo ese pasado. Y dentro de ello la centralidad que tuvo ETA en





nuestro pasado violento frente a ese intento amparado desde la Administración de diluir su entidad en un revoltijo de violencias. Así el recuerdo se ciñe a las víctimas, casi se podría decir a algunas de ellas, omitiéndose de modo clamoroso a la otra parte de la ecuación: al perpetrador. No hay víctimas sin perpetradores, pero indagar sobre estos implica hablar de historia, con todos sus matices, y supone hablar de ETA. Algo que no está en la hoja de ruta de las políticas de la memoria de la Secretaría de Paz y Convivencia.

Son además las víctimas las que pueden con más fuerza reclamar ese recuerdo cabal y complejo de nuestra historia reciente, que haga inteligible no solo lo que ocurrió sino también el porqué. Es lo que señalaba la viuda de un *ertzaina* asesinado por ETA:

“Yo no necesito que se recuerde a Montxo Doral como si fuera un héroe. Lo que necesito es que se recuerden los hechos históricos, pero no víctima a víctima, bueno, también, sino lo que sucedió en esta sociedad, se llamen como se llamen. Nosotros, la familia, sus amigos, le recordaremos y ya está. Nada más” (Cristina Sagarzazu, *El Diario Vasco*, 28 de febrero de 2016).

Bibliografía citada:

ALONSO, M. (2016), "Un repudio que se hace esperar. El terrorismo de ETA y la verdad de la víctima", en J.A. Zamora, M. Reyes Mate y J. Maiso (eds.), *Las víctimas como precio necesario*, Madrid: Trotta.

AMERY, J. (2001), *Más allá de la culpa y la expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia: Pretextos.

ARENDE, H. (2015), *Responsabilidad y juicio*, Barcelona: Paidós.

BEVERNAGE, B. (2016), "Un pasado desde el presente. La historia y la política del tiempo en la justicia transicional", *Revista Colombiana de Educación*, 71, pp. 25-51.

BERGER, S. (2005), "A Return to the National Paradigm? National History Writing in Germany, Italy, France, and Britain from 1945 to the present", *The Journal of Modern History*, 77, pp. 629-678

— (2006), "On Taboos, Traumas and other Myths: Why the Debate about German Victims of the Second World War is not a History Controversy", en B. Niven (ed.), *Germans as Victims*, London: Palgrave.

CAPARRÓS, M. (2017), "La guerra por la guerra", *El País Semanal*, 22 de junio de 2017 (<http://elpaissemanal.elpais.com/confidencias/segunda-guerra-mundial/>).

CONAN, E. y ROUSSO, H. (1996), *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, Paris: Gallimard.

CREET, J. (2013), "The House of Terror and the Holocaust Memorial Centre: Resentment and Melancholia in post-89 Hungary", *European Studies*, 30.

DELTORO, M. (2009), "La memoria del holocausto en Alemania: la memoria dividida", *Historia Social*, 65.

ELIACHEFF, C. y LARMIERE, D. S. (2009), *El tiempo de las víctimas*, Madrid: Akal.

FAINBERG, S. (2103), "Memory at the margins: The Shoah in Ukraine (1991-2011)", en *History, Memory and Politics in Central Europe and Eastern Europe*. Memory Games, United Kingdom: Palgrave.

FOCARDI, F. (2009), "El debate sobre la resistencia en Italia: legitimación política y memoria histórica de la Primera a la Segunda República", en R. Vinyés (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y Ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona: RBA.

HAHN, E. y HAHN, H. H. (2008), "The Holocaustizing of the Transfer-Discourse: Historical Revisionism or Old Wine in New Bottles?", en M. Kopecek (ed.), *Past in the making. Historical revisionist in central Europe after 1989* (online), Budapest: Central European University Press, pp. 39-55.

JASPERS, K. (1998), *El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona: Paidós.

JUDT, T. (2000), "The past is another country: myth and memory in postwar Europe", en I. Deák, J. T. Gross y T. Judt (eds.), *The politics of retribution in Europe. World War II and its aftermath*, Princeton (New Jersey): Princeton University Press.

— (2006), *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus.

— (2007), "Desde la casa de los muertos. Sobre la memoria europea moderna", *Sociedad*, 26 (<http://docplayer.es/29954395-Desde-la-casa-de-los-muertos-sobre-la-memoria-europea-moderna.html>).

— (2012), *Pensar el siglo XX*, Madrid: Taurus.





KOPECEK, M. (2008), "Historiography of Communism in the Czech Republic and the East Central Europe", en *Past in the making. Historical revisionist in central Europe after 1989*, pp. 75-92 (hay edición castellana).

KOSELLECK, R. (2011), *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

LECOMBE, D. (2015), "Entre douleur et raison: sociologie de la production de figures de victimes en contexte colombien", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*.

LEVI, P. (2002), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: El Aleph.

MOSES, A.D. (2007), "Stigma and Sacrifice in the Federal Republic of Germany", *History & Memory*, 19/2, pp. 139-180.

NOVICK, P. (2007), *Judíos, ¿vergüenza o victimismo? El Holocausto en la vida americana*, Madrid: Marcial Pons.

REYES MATE, M. (2008), *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*, Barcelona: Anthropos.

—(2016), "Prólogo", en *Las víctimas como precio necesario*, Madrid: Trotta.

ROBIN, R. (2009), "El nuevo devenir victimario de Alemania", en *El Estado y la memoria*, Barcelona: RBA.

RODRIGO, J. (2016), *Una historia de violencia. Historiografía del terror en la Europa del siglo XX*, Barcelona: Siglo XXI.

ROUSSO, H. (1987), *Le syndrome de Vichy, 1944-198...*, París: Seuil.

— (2006), "La memoria de Vichy o la ilusión de la excepción francesa", en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid: Marcial Pons.

STARGARDT, N. (2016), *La guerra alemana. Una nación en armas*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

SNYDER, T. (2016), "Poland vs. History", *The New York Review of Books*, 3 de mayo.

TABET, X. (2015), "Resistencia y revisionismo en Italia: las revelaciones de Gianpaolo Pansa", en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.), *El pasado en construcción. Revisionismos historiográficos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

TRAVERSO, E. (2009), *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia: PUV.

VV.AA. (2004), *Final Report of the International Commission on the Holocaust in Romania* (http://czernowitz.ehpes.com/stories/chapter_05.pdf).

VINYÉS, R. (2015), "Los usos públicos del pasado en Europa: hacia una memoria sincrética", *Años 90, Porto Alegre*, 22/42, pp. 21-51.